

La Palabra Libre

Periódico republicano de cultura popular

Los originales que no hayan sido pedidos no se devuelven. De los artículos firmados responden sus autores.

Madrid, 12 de Marzo de 1911

La correspondencia a la Administración:
TESORO, 7, PRAL.



ALEJANDRO SAWA



De mis confesiones

Yo sé perfectamente que mis sinceridades no van a descubrir nuevos continentes al pensamiento.

Intelectualmente, casi me conozco, y sé que los kilómetros que hay desde mí hacia arriba, verticalmente, pueden representarse por el signo del infinito.

Digo esto para razonar mis rebeldías. No son éstas las de un hombre que se cree en plano distinto y superior al de los demás mortales; son, por el contrario, mis rebeldías las de un buen muchacho que, en su sinceridad, se revuelve contra algunos códigos instituidos.

Todo lo que se puede razonar se puede decir. ¿Por qué en las luchas pequeñas de la vida se ha de condenar siempre al iconoclasta, si en las luchas más altas, en esas luchas del hombre contra Dios, no hay hombre que alguna vez en su vida no haya mirado con odio al cielo?

¿No recordáis a algún amigo vuestro muerto en plena virilidad? Y esas muertes, ¿no presentan todos los caracteres de un asesinato? Pues pensad en quien aparece como culpable de tales crímenes, y si aceptáis que los hombres se rebelen contra el Dios del cielo, permitid que, aunque no sea más que a ratos, algunos hombres se revuelvan contra los dioses de la tierra.

Muchas veces he pensado si en esta tierra de España se habrá perdido para siempre la noción de las distancias. Se me ocurre esto siempre que pienso en Alejandro Sawa. De la mentalidad de Galdós es la de Sawa hay distancias siderales que recorrer, y, sin embargo, Galdós es un triunfador y Sawa es un vencido. Claro está que esto se explica por la ley de las afinidades. El

público acepta con gusto la hegemonía de Galdós porque lo ve a poca distancia de sí mismo, y lo considera, pues, como a uno de los suyos. Mientras que Sawa, por la jerarquía de su entendimiento, por el aristocratismo de su espíritu y hasta por su pulcritud física, no puede nunca formar entre los pelotones de la canalla contemporánea.

Galdós es un novelista que domina la mecánica de su oficio; eso todos lo sabemos. Pero que se me señale una idea genial, una imagen, una escena plástica que acusen en Galdós una potencialidad creadora de primera fuerza.

Al decir que Galdós es una mentalidad inferior, hablo, claro está, en términos relativos. Digo con esto que no acato ninguno de los artículos de ese código que pretende exaltar la personalidad de Galdós hasta la serena región de los iguales. Galdós, en esas alturas, sería siempre un intruso.

Yo no hallo en el nombre de Galdós nada que no sea respetable. La obra general de Galdós es obra de patriota, y esta labor de

Galdós es un triunfador y Sawa es un vencido. Esto necesita una explicación.

Sawa reúne en sí todas las cualidades necesarias para vencer en las luchas de los hombres. Pero este sublevado genial, este gran rebelde, que no plegó jamás su voluntad a leyes ni costumbres, sintió un día que un rayo de lo alto, enviado por un Dios implacable, le hirió en los ojos. Por esto los ojos árabes de Alejandro Sawa giran sin luz. Y como Alejandro Sawa, ciego, no inspira temor como antes, los que eran sus amigos le olvidan, y sus enemigos, ya que no pueden negarle, pretenden cobardemente borrar su nombre de la historia de la literatura española contemporánea.

Alejandro Sawa, acosado por la vida, halla fuerza en el odio de sus enemigos para resistir. Es fuerte y orgulloso como un rey, pero no como estos reyes actuales, inválidos, que no son capaces de elevar su cabeza a mayor altura que la del sillón del trono; el orgullo de Sawa sólo puede soportarlo sobre sus hombros, sin doblarse, un rey como aquel poderoso Othom, ó como el desventurado y grande Luis de Baviera.

Alejandro Sawa no solamente es capaz de soportar su orgullo frente a frente, aun ahora, en las más tremendas circunstancias de su lucha con la enfermedad y con la vida, sino que es también capaz de ser modesto.

Y aprended aquí vosotros, los que por mandato de vuestra religión debierais ser humildes habitualmente: Alejandro Sawa, que no es santo ni cristiano, sabe ser modesto cuando habla con cualquier pobre vencido de la suerte, y sabe ser soberbio, más soberbio que un rey bárbaro, cuando ve alzada ante sí la figura de un poderoso de la tierra.

Yo quisiera que este deleznable libro mío no muriese nunca, para dejar grabada en él la cifra de mi admiración y mi cariño hacia Alejandro Sawa. Yo no olvidaré nunca, por muchos que sean los años de mi vida, las escenas de dolor que presencié en esta tragedia de la vida actual de Alejandro Sawa. Y no olvidaré tampoco la crueldad de esta tierra mía para con este español consagrado gráficamente en el extranjero, y a quien mi patria condena a morir de hambre. Es decir, mi patria no, mi patria no es la culpable. Son esos hombres que, no contentos con haber despedazado a España, quieren arrojar sobre ella más oprobio; esos hombres que no saben todavía cómo se enrojece de vergüenza, pero que saben muy bien cuál es el color de la envidia.

Esos son los hombres que, al hablar de la situación actual de Sawa, no saben más



patriotismo ahoga, en el escritor español, a la obra de arte.

Yo, como español, rindo a Galdós todos mis respetos. Pero como ciudadano del mundo y como neófito de la suprema religión, apenas si soy capaz de retener en la memoria el nombre de ese novelista de España.

Los que han querido hacer de Galdós el hombre representativo de la literatura española contemporánea, ya verán cómo mi generación se revuelve airada contra ese acto inconsciente de autocratismo de unos pocos. Acordaos de Echegaray. La generación que precede a esta mía se alzó un día verecunda, y luego, en el choque de la lucha, enardecida, dejó de percibir los acentos de la verdad y negó, injusta, a Echegaray hasta méritos rudimentarios.

He dicho, pues, y repito, que no creo en D. Benito Pérez Galdós.

que mentar su orgullo. ¡Oh, gran pecado es este de Sawa!

Por lo visto se puede soportar muy bien el orgullo grosero y burgués de esos obispos, esos generales ó esos catedráticos de gran vientre y pequeño cerebro; pero, ¿soportar el orgullo consciente de un hombre superior! Eso, jamás. ¿Qué se habrán creído los hombres superiores?

Creerán, quizá, que aquí necesitamos de ellos. Aquí, en esta tierra bendita de la libertad y de la ciencia; en este viejo solar que parece elegido por Dios para marchar á la cabeza de todos los movimientos modernos.

¡Ah, Dios mío, Dios mío, no nos abandonéis! Que tu ciencia continúe vinculada en la coronilla de esos espirituales predicadores sagrados.

..

En el cerebro de Sawa riñeron hasta última hora batallas sin cuartel el Entendimiento y la Imaginación. ¿Y quién venció de los dos? Ninguno. En los campos de batalla, sobre los cadáveres de los hombres, revolotean los cuervos. Así hoy en el cerebro de Sawa reina la Locura. Para esto riñeron en aquel cerebro tan terribles batallas aquellos poderosos enemigos, para que se alzase con el botín esa maldita madre de los desgraciados.

Prudencio IGLESIAS

(Del libro *De mi museo*, publicado en 1909.)

21 de Octubre

Hoy se cumplen doscientos ochenta y siete años que tuvo lugar en Madrid un hecho que me place ahora recordar, por lo que fuere. Un hombre que había sido el favorito de un rey y el magnate más notorio de su tierra fué condenado á «morir degollado en cadalso por la garganta». Hablo del muy poderoso señor D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, cuyo aniversario necrológico celebra hoy la historia, no sé bien si con *Tedeums* ó *Misereres*.

Los tiempos eran malos, duros de recorrer, como una estepa.

La plúmbea herencia de Felipe II exigía, para ser soportada, espadas de filán, músculos de atleta. La trágica fatalidad que presidió á los postreros gestos de aquel que fué llamado espantosamente en Europa «el demonio del Mediodía», perduraba clavada en los ijares del país como una garra. Un *amanké* más vasto que el que amarró en su roca á Prometeo proyectaba sus rencores sobre el desolado hogar de Castilla. Y Felipe III era un pobre hijo de mujer, débil y azoradizo como un rapaz que tuviera que habérselas en la noche con fantasmas y endriagos...

Mejor que nublarse se extinguía aquel sol que, bajo el segundo Austria, hacía rutilar el escudo de Castilla igual que un astro único en el firmamento. Tornaban de Indias los galeones sin oro entre sus flancos, porque el mal azar disponía siempre que se tojaran en las soledades del mar con los bajeles ingleses organizados para tal uso. Volvían las milicias de sus lejanas é improbas expediciones guerreras, famélicas y sin garbo; sus soldadas, impagadas, eran motivo de agio para logrereros, que tapaban con sus nombres los de muy esclarecidos varones de la corte. Iglesias y conventos brotaban de la haz del país como una vegetación letal y avasalladora.

Los tributos, siempre en aumento, eran como una losa funeral de bronce, y no había otras cariatídes para sostenerlos que los lomos descarnados de villanos menestrales y pecheros.

Había el hambre. Los campos sin cultivo se morían de impotencia y de sed, de falta de amores, y, como en un colosal éxodo, las regiones hambrientas en espesas caravanas se vaciaban sobre las Indias.

Tornóse la nación exangüe; y sin pan y sin consuelo, dióse á orar, á orar desesperadamente, á orar como no se clama sino en las cárceles y en las alcobas cuando se extingue un ser. Y el muy piadoso rey Felipe III, por pereza mejor que por idiotez, delegaba las funciones de su estupendo ministerio en hombres mortales como él, pero

que, perturbados por la ambición, eran capaces de más peligrosas vesanias. Sobre la ruina de todo se alzaba la imponente mole del Buen Retiro. Y en su interior bullían, y se arremolinaban, y zumbaban, y hervían las más calenturientas pasiones que pueden conturbar el alma humana: la codicia, la lujuria, la superstición, la gula, la envidia pálida, el rojo odio.

El duque de Lerma contra su hijo y enemigo, el de Uceda; el fraile dominicano fray Luis de Aliaga contra el fraile franciscano Santa María; la priora del convento de la Encarnación contra el P. Florencia, de la Compañía de Jesús; el conde de Olivares contra el de Lemos, y todos á una, como una jauría hambrienta, contra D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias...

Una vez, yendo el rey acompañando á la procesión en la fiesta religiosa que se llama «La Octava del Santísimo», un labriego se le puso delante y lo apostrofó diciendo: «¡Al rey todos lo engañan y esta monarquía se va acabando, y quien no lo remedia arderá en los infiernos!»

El rey no le hizo caso. Otra vez, el Consejo de Castilla hizo ver á la Majestad, en un mensaje dividido en siete capítulos, las causas y remedios de la despaupeización española.

En el primero señalaba la carga excesiva de tributos; en el tercero recomendaba el fomento de la agricultura y la obligación en que se debía poner á los grandes señores y títulos del reino de salir de la corte é irse á vivir á sus estados respectivos, donde podrían, labrando sus tierras, dar trabajo, jornal y sustento á los pobres, haciendo producir sus haciendas; en el sexto se exhortaba al poder regio á que no se dieran más licencias para fundar «nuevas religiones y monasterios».

El rey no le hizo caso.

Y un día, 21 de Octubre de 1621, en época ya de Felipe IV, el cielo se nubló, las Euménides se aposentaron en el palacio regio y el pueblo tuvo la fiesta de ver á un verdadero noble, á un auténtico gran señor, á un valiente notorio, marchar vestido de la hopa vil y á horcujadas sobre un jumento, camino del cadalso. El clamoreo del populacho era ensordecedor; pero, sobre todas, dominaba la voz del pregonero, que estentóneamente gritaba:

«¡Quien tal hizo que tal pague! Esta es la justicia que el Rey Nuestro Señor manda se haga en este hombre que fué condenado en sentencia por la que le mandan degollar. ¡Quien tal hizo que tal pague!»

Uno de los cargos principales acumulados contra D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias y ex secretario de Cámara, fué el «haber hecho sobre su corto patrimonio una opulenta fortuna».

Pero ya queda dicho: del trágico acontecimiento van transcurridos centenares de años, y centenares de ministros, no menos venales que D. Rodrigo Calderón, han hundido sus manos avarientas en las arcas del Tesoro, sin que hayan sido segadas jamás, mientras que de pie y solitaria, bella también como un mazo de verdura en mitad de una charca, queda la gran anécdota que acabo de contar, probándonos ¡ay! la vana ejemplaridad de la Historia.

Alejandro SAWA

La situación internacional de España

La decadencia internacional de España se va acentuando desde la segunda mitad del siglo XVIII. Los tratados de París y de Hubertsburgo de 1767 y 1768, que franquearon la entrada en el centro directivo del mundo político á Alemania y otros pueblos del Norte, acentuó nuestra decadencia, y de Viena salimos, en 1815, muy malparados, á pesar de la empresa heroica de nuestra guerra de la Independencia, sin superior en la Historia del mundo.

Después entró el período del siglo XIX, en que por un conjunto de circunstancias que no debo detallar ahora, se fué determinando por nuestra parte un aislamiento político y moral de toda Europa. Estábamos al extremo occidental del viejo Continente, muy lejos del concierto del mundo y de los problemas capitales que entonces atraían la atención de las gentes: los de Oriente, Italia y Alemania. Estábamos también aquí preocupados absolutamente con

nuestras cuestiones interiores, apenas resueltas, insistiendo en mantener aquellas tres grandes originalidades de que hablaba el Sr. Cánovas del Castillo y que constituyen una excepción en el concierto de las ideas del mundo político contemporáneo. Además extremamos una excesiva modestia por una idea exagerada de la poquedad de nuestros medios morales y materiales, para intervenir de algún modo en las grandes cuestiones internacionales de la mayor parte del siglo XIX, y quedamos entregados á nuestras propias fuerzas en el problema gravísimo de América. Llegó el año de 1898, cuya fecha registrarán la Historia internacional y la Historia diplomática como representativa de uno de los hechos más inicuos y casi incomprensibles: el abandono en que nos dejó toda Europa frente á frente de aquella lucha imposible con la República de los Estados Unidos.

Pero las circunstancias nos han traído á ser, geográfica y políticamente, el centro de las grandes cuestiones internacionales contemporáneas; han sucedido al antiguo problema de Oriente los problemas de África y de América, y España está situada en aquel punto medio en el cual su participación, su inteligencia, su resolución, constituyen elementos imprescindibles. Y aun cuando España no quiera, está hoy forzada á este dilema inexcusable: ó á ser espectadora triste y víctima, al fin y al cabo, de las resoluciones que el mundo director haya de tomar en esos problemas, ó á intervenir en ellos, con modestia y en sus condiciones propias, sin exageraciones, pero con conciencia de lo que vale y representa.

Además, en estos mismos momentos se han producido en nuestra Patria hechos verdaderamente extraordinarios que responden al instinto de raza, al instinto popular, al instinto de las muchedumbres, que no razona, pero que señala el punto de partida ó el rumbo de las empresas nacionales. Ahí está el crecimiento de la emigración, que nos lleva con acentuadísima preferencia á América y nos dice que América es parte de nuestra vida y razón de un porvenir alentador.

Del mismo modo surgen otros problemas que se determinan más concretamente en el Norte de África (y no lejos de Canarias y de Guinea) que nos obligan imprescindiblemente á ver, á estudiar, á resolver del modo que nos sea dable, dentro de nuestros medios, el problema africano, sin prometernos exageraciones que nos agiten y nos desacrediten, pero sin perder de vista el litoral septentrional africano, que constituye, quizá, una garantía de la independencia española.

De otro modo, ¿qué será de esta España, si se redujera á pasar por un pueblo con quien se cuenta para que siga con un valor puramente decorativo y como simple espectador las empresas ajenas, ó una nación de leyenda comprometida en caso súbito y forzoso á llenar otra vez las páginas de la historia del heroísmo, pero sin resultados prácticos y positivos?

Meditemos, pues, en nuestra situación, y definamos nuestro propósito.

Rafael M.^a DE LABRA

LA VERDAD DEL PROBLEMA

Por fin terminó el brutal, insólito espectáculo iniciado en la estupenda antevotación celebrada sólo entre republicanos, acompañada de heridos y contusos y con sus correspondientes atestados. Por más que de momento haya desaparecido el temor de vernos arrollados por las fuerzas enemigas á causa de nuestra desunión y nuestros odios, precisa que todos los hombres de buena voluntad, todos aquellos que militando en el partido republicano no sientan apetitos insanos ni ambiciones absurdas, se reconcentren en sí mismos, se preocupen del desconcierto actual y, fríamente, reflexivamente, expongan de una manera clara á la consideración de sus conciudadanos las causas, los motivos del caos existente, para que, sin frases gruesas ni actitudes mortificantes, pueda realizarse una fructífera labor, tan importante y necesaria, que sin ella puede dejar de ser el partido republicano un partido capacitado para ocupar el poder, y habremos incurrido en el delito de lesa patria. Procediendo lógicamente, hemos de empezar por reco-

nocer que en la actualidad no hay motivo ni fundamento alguno que justifique la existencia de infinitas fracciones del republicanismo español, que se han organizado—ó pretendido organizar—á manera de verdaderos partidos políticos. Han pasado, por fortuna, aquellos históricos tiempos en que era cuestión batallona, en cuanto á la doctrina, los principios fundamentales de autonomía y centralización, y en cuanto á procedimientos, los del evolutivo y revolucionario; hoy por todos los grupos republicanos está plenamente reconocido el principio de las autonomías; hoy también, por todos esos mismos grupos, admitida está la dualidad del procedimiento; todos, en fin, acuden con fruición á la lucha electoral y procuran batir el record en la presentación de candidatos. Pues si en la actualidad no hay verdadera diferencia en cuanto á lo fundamental de la doctrina, ni tampoco en el empleo del procedimiento, sino diversas tendencias, aspiraciones más ó menos radicales, disparidad de criterio respecto al momento oportuno para la implantación de determinadas reformas, pero que no afectan en modo alguno á lo dogmático, ¿cuál es la razón?, ¿cuáles los motivos para que aparezcan constantemente divididos y dando espectáculos tan poco edificantes como el de la reciente antevotación? Seamos sinceros: la falta de fraternidad en un partido que la lleva por lema en su bandera, el *fulanismo* de las masas, las intrigas y perfidias de una gran parte de la mesocracia del partido, las envidias y ambiciones desmedidas de los jefes. Es evidente que dentro del partido republicano existen mentalidades poderosas, hombres de vastísima cultura, talentos organizadores de primera magnitud que, procediendo de buena fe y sin rivalidades, podrían dirigir la inmensa masa que forma este partido en forma tal que tuviesen un fin próximo sus aspiraciones políticas, comenzando al propio tiempo la urgentísima obra de reconstitución nacional; y, sin embargo, la triste realidad nos muestra cómo á consecuencia de esas ambiciones, de ese amor propio infundado, de esa abulia y falta de sentido político, un partido que por el número y calidad de sus componentes estaba destinado á triunfar en las más grandes y atrevidas empresas, se encuentre reducido poco menos que á la impotencia y dedica solamente sus actividades y energías á las luchas internas que, tarde ó temprano, concluirán por asquear al elemento más sano de él y á esa importante clase neutra que bien claro demostró sus simpatías en las pasadas elecciones generales. Urge, pues, que todos esos hombres de buena voluntad que militan en nuestro partido hagan llegar á conocimiento del pueblo que sólo en él reside la fuerza, la soberanía, que debe dejar de ser instrumento inconsciente de determinadas personas, por talentadas y prestigiosas que éstas sean, y, por último, que debe exigir por todos los medios, que los odios, los rencores, las ambiciones y suspicacias desaparezcan en bien de la causa; y si á pesar de todo insisten en continuar por esa senda que nos conduce á la ruina, condenémoslos á una muerte civil, sumámoslos en el más soberano de los desprecios por haber sido los más grandes obstáculos que se han opuesto al anhelado triunfo de nuestros ideales.

V. MILLAN

APOLOGÍA DEL VALOR

Un popular escritor español que desde París nos entretiene con sus crónicas, el Sr. Bonafoux, á propósito de los duelos entre los tiradores Greco y Renaud y entre los padrinos de uno de éstos, Campolongo y Garagnani, se burla donosamente de estas cuestiones caballerescas.

Las graciosas piruetas del Sr. Bonafoux son siempre del agrado del público, y en este agrado precisamente es donde yo leo su mediocridad mental. A mí me traen sin cuidado las apreciaciones de este pequeño señor de la Prensa española; sus burlas no han de llegar nunca más arriba de mi indiferencia, pero en ocasiones me molestan ciertas confusiones.

Es costumbre establecida, al hablar de lances entre caballeros, la de ridiculizar, al mismo tiempo que el duelo, el valor. Los que esto hacen ignoran, sin duda, que nuestras grandezas pasadas están todas fundamentadas en ese valor que tanto ridiculizan. De raza latina son esos héroes que hoy se nos antojan, mirados á través de nuestra cobardía, milos.

Sobre los duelos tengo mi opinión. A mí, que no soy ningún valiente, me costaría poco trabajo—pongo por caso—darme de estocadas con el Sr. Bonafoux; en cambio, tal vez rehusara un encuentro á navaja con un cochero cualquiera.

El campo del honor podrá ser muchas veces un estercolero ó una pista de circo, según quien vaya á él, pero en todas ocasiones puede servir de sepultura á uno de los contrincantes. Pese á la liga antiduelista, los asaltos sin botón, como medio de entrenamiento de esa gran virtud del valor, son excelentes.

Generalizando, yo achaco á cobardía personal ó individual muchas de las miserias de mi patria. Voy más allá: creo firmemente que nuestra dolorosa situación no tendrá remedio hasta el día que el valor se ponga de texto en nuestras Universidades.

Por cobardía, por empacho de sensatez y por cólico de seriedad, no por espíritu de contradicción, como dice el Sr. Bonafoux, nos luce tanto el pelo á los latinos. Malarse por una idea, por una mujer ó por una bandera—ó simplemente por un pisotón—, es digno y noble; quedarse en casa con las zapa-tillas puestas al lado del brasero cuando la gente se muere de hambre y se cometen injusticias y los barcos cruzan el mar llevando á bordo á miles de emigrantes, es de pueblos envilecidos y ruines.

Se impone un duelo semejante al de Eteocles y Polinice entre la sandez y la cobardía, para que la muerte de entrambas ponga término á estas escaramuzas...

Conste que la noble actitud de los señores Breiltmayer y Thion de la Chaume es digna de imitación. ¿O es que vamos á negar también la amistad? Para los que no crean en ella y nieguen virtud al valor, yo tengo siempre una sonrisa despreciativa...

Alejandro BER

Contra la ley de Jurisdicciones

Es unánime el movimiento que se está realizando contra la ley de Jurisdicciones. La opinión pública, sin distinción de clases ni partidos, ha dictado su fallo en este pleito; de él resulta condenada á desaparecer esa ley, que está en manifiesta contradicción con el espíritu de la época en que vivimos.

La derogación de la ley de Jurisdicciones no es deseo de un grupo ni de un partido, es un anhelo nacional que se manifiesta de una manera potente y concreta.

La misma prensa militar ha dedicado su atención al asunto, y en algunos de sus órganos se han publicado artículos en los que se reconocía que esa ley no respondía á ninguna necesidad.

En ningún caso somos partidarios de leyes excepcionales; pero aun admitiendo la razón que invocaron los hombres de gobierno para pedir la aprobación de esta ley, preciso es reconocer que el Sr. Maura hizo desaparecer aquella razón fundamental al conceder su protección á los elementos de la derecha catalana, que fueron los que dieron origen á que tal determinación se tomara.

La derecha catalana compartió con Maura el Poder, y la ley de Jurisdicciones, que fué hecha para castigar los delitos contra la Patria, vino á parar en manos de los ene-

migos de ésta, convirtiéndose en arma poderosa que esgrimieron contra los liberales hasta el punto de que fuera procesado y detenido un hombre tan templado como el Sr. Romeo, director de *La Correspondencia de España*.

No obstante la unánime condenación de la conciencia nacional, esa ley subsiste aún y de aquí que sea preciso unificar el esfuerzo hasta lograr su derogación. A este efecto se celebrarán mítines en toda España un día determinado, y para el mejor éxito de la campaña es de gran utilidad tener presente estas instrucciones que copiamos de nuestro estimado colega *Renovación*:

1.ª Verificar mítines absolutamente en todos los Centros, Casinos, teatros ó lugares de reunión de cada localidad española, precisamente el domingo 26 de Marzo de 1911.

2.ª Organizar ese mismo día veladas ó conferencias contra la odiosa ley, divulgando las atrocidades cometidas á su amparo.

3.ª Procurar la celebración de manifestaciones públicas con ocasión de la entrega de las conclusiones á la autoridad local, que las deberá trasladar al presidente del Consejo de ministros.

4.ª Dedicar un extenso espacio á esta campaña en los periódicos que tengan afinidad con las Sociedades obreras ó sean órganos de los partidos radicales, ó defendan, al menos, las ideas verdaderamente democráticas.

5.ª Recoger pliegos con firmas por fábricas, talleres y domicilios particulares, hasta lograr interesar á la nación entera en nuestra justísima demanda.

6.ª Telegrafiar el domingo 26 de Marzo al Gobierno, reclamando la desaparición total de la ley de Jurisdicciones, y enviar tarjetas ó instancias en igual sentido al señor Canalejas.

7.ª Y, por último, utilizar todos los medios que la práctica aconseje, hasta lograr que tenga esta campaña, que deberá hacerse en la fecha citada, una importancia tal que asombre á los mantenedores de la incivil ley de Jurisdicciones.

Si todos cumplimos con nuestro deber, el triunfo será superior á todas las esperanzas que forjemos.

HACIA UNA PATRIA NUEVA

Si bien nuestro país parece inspirar su plan actual de obras públicas en un evidente propósito de fecundación del terreno, el cuerpo nacional desarróllase todavía bajo un régimen poco expansivo. Se emprenden reformas utilitarias, dictanse medidas beneficiosas, con objeto de fomentar la cultura y la producción, pero el temperamento étnico sigue siendo retardatario. No andamos al compás de Europa, y eso que estamos junto á ella, porque la calamidad, política ó climatológica, que pesa sobre nuestra raza, hace que todo lo que se legisla se traduzca demasiado lentamente en realidad. Al final del siglo decimonono, al calor del bagaje ideológico que esparcían los enciclopedistas franceses, esperanzaba el alma nacional surgir de su secular anemia, emanciparse del sudario claustral y sanear el método de sus costumbres; poco se ha evolucionado desde aquellos tiempos y el progreso ha ido entrando en mínimas inyecciones. Con Carlos III dió la historia de España un salto extraordinario, y á pesar de ello no podemos hoy gloriarnos de estar en situación mejor que entonces. Literatos, filósofos y críticos sueñan en un nuevo revivir, en una más nueva transformación; y sólo aquellos que, dejando temporalmente el hogar solariego, han atravesado sus fronteras, danse cuenta del perezoso movimiento que se observa aquí, así en el campo de las ideas como en el de la actividad material. Hase comprometido el alto interés de la patria en aventuras externas, en busca de imaginarias riquezas de fuera, descuidándose dolorosamente lo interno, lo valioso que tenemos dentro, que por hallarse en casa ha de ser más provechoso y hubiera, por tanto, de ser más apetecible. ¿Hay aquí verdadera vida nacional? La respuesta es negativa si se atiende al detalle que más á la vista salta, á lo de más relieve, al estado en extremo lamentable en que se halla el sistema de comunicaciones,

lo cual hace que la vida, el espíritu, la mentalidad, el trabajo y el civismo no llegue a todos los rincones y no se difunda por igual en toda la superficie ibérica. Las redes de comunicaciones, que acortan las distancias, simplifican los viajes, aligeran los transportes, facilitan las contrataciones, ensanchan el campo del excursionismo y aumentan el intercambio general, encuéntranse aquí en mantillas. No hay más que estudiar nuestra cartografía y examinar cualquiera de los mapas parciales de las provincias, apareciendo todavía en todos el vergonzoso tríptico de caminos en construcción, carreteras en proyecto y ferrocarriles en estudio, con la agravante algunas veces del epígrafe: en construcción paralizada. ¿Cómo puede aveginarse la venida de una patria nueva con tales antecedentes? Sin comunicaciones, sin una continua relación de pueblo a pueblo, de comarca a comarca, sin una profusión de ramales que lleven a las grandes arterias, una patria no es patria, no se solidarizan sus componentes ni conducen a buena finalidad sus supremos destinos. ¿Cómo pueden levantar su voz esos pueblos y esas comarcas, que vegetan en absoluta soledad, en completo abandono, indiferentes a todo y de todos olvidados? Parte de esa anomalía débese a la debilidad de incluir en el plan general casi siempre carreteras más parlamentarias que racionales. Cuando todos los países civilizados cuentan ya con numerosas y bien concluidas vías de comunicación, pásase aquí todavía un calvario, extendiendo croquis, presentando proposiciones, haciendo consultas, formando comisiones, esgrimiendo influencias y redactando dictámenes, para que una carretera sea incluida en el plan de estudios y luego obtenga su inclusión definitiva en el plan de obras. Y así se pasan los años. ¿Y qué diremos del ferrocarril? Este, uno de los mejores adelantos humanos, ha sido en España una equivocación, incorregible equivocación que se llama incivildad en la patología mundial. Primero, por una estrategia que debe traducirse por miedo o ignorancia, por miras groseramente patrioterías, se incurrió en el desacierto de construir nuestra vía más ancha que la internacional, lo cual hace que vivamos en pleno aislamiento junto a Europa. Irán y Turquía, Portugal y Gambia, no se darán jamás las manos, serán siempre estaciones extrañas y no formarán la tan soñada solidaridad de la comunicación. Vino luego el yerro capital, el pecado más grave, grave y capital por lo que se refiere a túneles y puentes ya construidos, o sea el emplazamiento de la vía única. La vía única significa atraso, pobreza, fosilización del carácter nacional. Increíble parece cómo no hay más víctimas, por el continuo tráfico de pasajeros y carga, en una sola vía. En el extranjero, con la vía doble, hay también percances, quedando solamente el consuelo de que así se presta auxilio con más prontitud y no se interrumpe el movimiento. Con la vía ancha y única no se va a ninguna parte, siendo inútil nuestra pretensión, mejor, nuestra ilusión de que vivimos en el siglo vigésimo y de que marchamos decididamente hacia una patria nueva. No entraremos en esta nueva patria mientras no se logre destruir el concepto que del progreso tienen todavía nuestros gañanes. Y no va de cuento, pues resulta un espectáculo que puede observarse diariamente en nuestras carreteras. Cuando un góndol transita con una caballería por la carretera y a lo lejos divisa acercarse un auto, instintivamente amarra su rucio al primer poste telegráfico, internándose él en el terreno limitrofe a la cuneta; hasta que pasada lo que él apellida fiera del progreso, dejando tras sí una nube de polvo, salta de nuevo a la carretera, desamarra su bestia y prosigue tan tranquilamente su camino. Pues esto no sucedería si sobre nuestra patria vieja, caduca, misera y emigradora, pudiésemos o quisiésemos implantar una patria nueva, alegre, trabajadora y amante del terruño, mediante una red vastísima de comunicaciones que llevase a todos los puntos, a todos los sitios, a todos los rincones del suelo nacional un aliento optimista de progreso y libertad.

Juan FERRATÉ

El objeto del mundo es producir la razón. Para este fin todos los medios son buenos.

RENAN

ENTRE SOMBRAS

Yo vi un día, en la senda tortuosa de mi vida,
surgir por entre el fondo que forma la espesura
de mi mente confusa, dos sombras: la Hermosura,
la espléndida Belleza del Cariño seguida.
Salieron a mi encuentro brindándome sus brazos;
el Cariño sumiso y la Hermosura altiva,
y las dos al instante tendieron sus lazos,
sus invisibles redes, a mi alma fugitiva.
Me habló y dijo el Cariño:—Yo, joven, puedo amarte.
Si tú cariño anhelas, cariño solamente,
yo te lo doy; mas, joven, has de tener presente
que no tendrás belleza que yo no puedo darte.
Calló, y luego Belleza me habló en aquel momento,
diciéndome arrogante, altiva y orgullosa:
—Si tú buscas tan sólo las gracias de una hermosa,
nunca tendrás cariño. ¡Soy Diosa del tormento!
¿Por qué—dije a las sombras—si las dos sois iguales,
y las dos en el mundo os visteis preferidas,
al darme vuestras gracias no me las dais unidas?
—Y entonces respondieron:—Las dos somos rivales—.
Muy triste y pensativo les volví la cabeza,
y mis ojos lloraron como cuando era niño...
—¡No te quiero—les dije—, Belleza, sin cariño!
—¡No te quiero, Cariño, si no tienes belleza!
¡Se fueron! Internarse las vi por la espesura
de mi mente, y entonces, con mi alma dolorida,
grité adiós al Cariño y adiós a la Hermosura,
y continué la senda tortuosa de mi vida.

Fernando MARCO ALEIXANDRE

EL "PRECEDENTE DE PORTUGAL."

Un día de estos, si me levanto de buen humor, voy a presentar mis derechos a la corona de Portugal. Publicaré un manifiesto al pueblo lusitano, en el cual expondré minuciosamente las indudables ventajas que obtendrá bajo mi cetro. Libertades populares, Constitución amplísima, garantías individuales, etc., etc. Es decir, que el pueblo me conceda poderes para que yo le conceda poderes a él. La cosa no puede ser más clara ni más moderna. Yo daré libertad al pueblo cuando el pueblo me dé libertad para quitársela. Razonable y convincente.

Mal irá que no encuentre un buen señor, versado en heráldica, para improvisarme un derecho, recibido por herencia, a la posesión de aquella corona. Mirándolo bien, no hay duda que mi escudo de familia se hará digno de tal honor. ¿No podría suceder «todavía» que yo fuese el espectro insepulto y vagante de aquel D. Sebastián, muerto en Alcázar Kebir, cantado por Herrera

Voz de dolor y canto de gemido
y espíritu de miedo envuelto en ira...

y dramatizado por Zorrilla en el *Traidor, inconfeso y mártir*, bajo la forma de Gabriel de Espinosa?

Me diréis que si yo presento un derecho de herencia, indiscutible y evidente, un derecho divino, es ridículo que lo acompañe con promesas de libertades populares, como si el pueblo me hubiese de elegir por lo que le prometo y no someterse sin condiciones a mi voluntad. Me dirán que un rey no ha de ser como un candidato que presenta el manifiesto a los electores, prometiendo carreteras y puentes, porque en este caso el rey es el pueblo. Pero... ¿qué queréis? Tal es la triste situación a que nos han reducido las doctrinas nefandas del liberalismo, y

ahora hay que transigir con ellas para llegar a destruirlas. Vosotros, los que estáis en el secreto de las cosas, ya me comprenderéis.

Tengo la conciencia de cumplir en estos momentos una alta misión histórica. Yo seré el golpe definitivo dado a la obra de la Revolución. El ejemplo de Portugal es deplorable, contagioso. Porque no es sólo la monarquía lo caído en aquella desgraciada nación. Es todo un sistema de intereses religiosos, sociales, familiares. Y si todo eso no se restaurase, se demostraría escandalosamente que era imposible una dictadura que improvisase en cuatro meses la obra que las monarquías modernas han empleado un siglo en dificultar...

Y después, ¿imagináis el bien inmenso que haré a España cuando me corone solemnemente en la catedral de Lisboa? ¿Imagináis el gozo de aquel buen señor del Vaticano cuando se entere de la ceremonia?

De todas maneras, para tantear, he querido hacer una visita a mi colega en pretensiones, D. Miguel de Braganza. No, no os diré su domicilio de ocasión, porque la masonería vigila y quiere ser leal hasta con los que me hacen la competencia. D. Miguel me ha recibido bien. Tampoco os diré la conversación. Regimientos preparados, escuadras, intervenciones, agencia de noticias, fomentos de huelgas... Un nombre—que ciertamente no diré—ha sonado repetidas veces durante la conversación. Hemos acordado unir nuestras pretensiones. Es lo mismo. La cuestión es echar por tierra la República, que no puede tardar en caer por la poderosa razón de que nosotros lo deseamos. Después, cuando ya no haya República, una bella guerra civil entre D. Miguel y yo concluirá de restaurar las cosas.

Y ahora hablemos seriamente. ¿Ya se ha meditado bien el carácter de este esfuerzo desesperado en favor de un sistema caído? Nadie habla de la posible vuelta de D. Manuel II; la propaganda de hoy es en favor de D. Miguel de Braganza. Y bien: pongamos en seguida el Parlamento español, la correspondencia española, para mejor juzgar de las causas en lucha. D. Miguel es en Portugal lo que D. Jaime de Borbón es en España. Recordemos que después de la caída de Maura, los carlistas (ya jaimistas) se frotaban las manos diciéndolo: «—Ahora vendrá la República, y en seguida nosotros.» Ya lo veis; para los espíritus reaccionarios, un movimiento liberador será siempre el medio que aprovecharán para insinuarse. Parece que la dinástica de las cosas exija la compensación de un fuerte retroceso, después de los avances considerables. La revolución española del 68 fué ya para los carlistas, un grito de resurgimiento. Ahora, en el advenimiento de la República portuguesa, los miguelistas, tan antidinásticos como los republicanos, querían ver sólo la consecuencia del descrédito de la rama dinástica caída y no el descrédito total del sistema monárquico.

Nosotros, republicanos, hemos de servirnos del caso de Portugal para calcular la trama de intereses conjurados en contra de nuestra acción. Periodistas jesuíticos que declaman la alegría secreta: «Yo ya lo decía. ¡Ya lo veía venir!» Invocaciones á la intervención extranjera, «que no puede tardar», como si la expresión de un deseo hubiese de provocar su propia realización. Inflamamiento de noticias á fin de sacar síntomas indudables de contrarrevolución. (¡Fué tan fácil derrumbar la monarquía! ¿Por qué no ha de serlo la República?) Invitaciones disimuladas á aquel ejército para una *paviada*... ¿Qué más todavía? Hasta en las columnas de *El Debate*, de Madrid, un artículo en donde se habla de la tizona, excitando á una intervención española en Portugal, tenía todos los aires de aquellas petulancias y fanfarronerías que nosotros decimos estúpidamente *portuguesadas* y que en Portugal se llaman *hespanholadas*... Hasta de una huelga de ferroviarios, con gravedad inferior á la que hace pocos meses hubo en Francia, nuestros retrógrados han querido hacer un argumento en contra de la República.

Pero la joven República portuguesa continúa su valiente y delicadísima revolución tutelar. Es como la gran limpa de un viejo palacio, una apertura de ventanas cerradas desde centurias y por donde penetra el gran viento de la plaza pública. Y como el aire remueve las cosas viejas en los rincones polvorientos, los viejos dicen que son las paredes, que tiemblan...

Gabriel ALOMAR

Los mejores reyes quieren poder ser malos cuando les venga en ganas sin cesar de ser los amos. Su interés personal está en primer lugar en que el pueblo sea débil y miserable y que no pueda oponerles resistencia.

ROUSSEAU

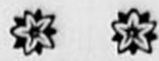
Las hoces no deben emplearse nunca más que en segar mieses; pero es preciso que los que las manejan sepan que sirven también para segar otras cosas, si además de segadores quieren ser ciudadanos.

Joaquín COSTA

Las gotas del sudor del pobre no se convierten en nueva vida cuando caen sobre las arcas del Tesoro; se evaporan como las gotas de agua caídas sobre un voraz incendio.

CASTELAR

CARLOS FOURIER



Francisco María Carlos Fourier, que, indiscutiblemente, es una de las figuras que más se destacan en la historia del socialismo embrionario, nació en Besançon (Francia) el 7 de Abril de 1772.

Sus doctrinas filosófico-económicas constituyeron algo así como el bloque informe en que, andando el tiempo, habían de ser modeladas las tendencias y aspiraciones del socialismo contemporáneo.

Hombre dotado de carácter impresionable, de alma noble y de corazón bondadoso, Carlos Fourier no podía contemplar con paciencia el mezquino proceder de ciertas clases sociales privilegiadas que todo procuran acapararlo y que comercian inescrupulosamente hasta con la miseria y el hambre de los pueblos.

Bastó, pues, uno de esos hechos repugnantes que la alta plutocracia mercantil comete á diario contra el bienestar de las clases trabajadoras, para que el egregio apóstol de las *doctrinas falansterianas* se lanzara á la lucha, formulando la condenación del imperio capitalista y de la desigualdad de clases en que éste se basa é inspira.

Carlos Fourier era hijo de un comerciante de paños bien acomodado; á la muerte de éste heredó una regular fortuna y decidió continuar los negocios del autor de sus días, dedicándose al comercio.

El sitio que, en 1793, pusieron á Lyon los ejércitos convencionales, causó la ruina de Fourier, dejándolo *por puertas*, como vulgarmente suele decirse.

Tres años después, cuando á la sazón había sido licenciado del ejército por inútil, falta de recursos propios, el famoso altruista falansteriano vióse en la dura necesidad de tener que servir, en clase de dependiente, en comercios de Ruan, Lyon y Marsella.

Hallándose en la última de dichas ciudades, los dueños del establecimiento en que servía dieronle el encargo de arrojar al mar un considerable cargamento de arroz que habían dejado que se pudriera, con el único fin de mantener el alto precio á que por entonces se expendían en Francia los artículos de primera necesidad.

Semejante infamia antisocial llenó á Fourier de noble indignación, y puede decirse que desde entonces ya no pensó en otra cosa que en la concepción de sus ideas reformadoras.

Los principios filosófico-económicos de Fourier, en el lento evolucionar de las ideas hacia un porvenir redentor de justicia fraternal, vienen á constituir algo así como el enlace de transición entre el *babuismo* (sistema de Babeuf, la *República de los iguales*) y el Socialismo propiamente dicho.

Mucho se ha escrito acerca de la originalidad de las concepciones económico-sociales en que se informa el sistema falansteriano de Fourier; sin embargo, nosotros, en nuestra humilde insignificancia de publicistas populares, creemos firmemente que la originalidad de las *doctrinas falansterianas* es más aparente que real, pues que reside en la forma y no en el fondo.

La mayor parte de las doctrinas *fourieristas*, cuya originalidad ha sido tan admirada y encomiada por filósofos y pensadores, tienen precedentes en las de los defensores de nuestras comunidades y germanías de la Edad Media.

Con efecto: los comuneros castellanos persiguieron muchos de los principios igualitarios sustentados y propalados por Carlos Fourier, pues que los heroicos vencidos de Villalar suspiraban y peleaban por la libre hermandad de los hombres trabajadores, en el seno de las municipalidades, *francas de toda servidumbre señorial*.

La diferencia entre Fourier y los bravos comuneros de Castilla estriba, única y exclusivamente, en que aquél nos habla de *falansterios uniformes* y éstos de *comunidades municipales*.

Las bases del sistema falansteriano son bien conocidas: consisten en la formación de *falanges regulares* compuestas de dos mil personas, próximamente, de diferentes sexos y edades.

Estas aglomeraciones humanas, asociadas para producir y consumir en común,

instaladas, con uniformidad ordenancista, en grandes fincas preparadas *ad hoc*, debían dedicarse colectivamente á la explotación de la agricultura, de las artes y de la industria. Bajo este nuevo modo de convivencia social, los individuos aglomerados en la *falange igualitaria* debían regirse de una manera rigurosamente uniforme y *uniformada*, viviendo vida homogénea, de verdaderos autómatas inconscientes, sin más norma que la de actuar y proceder según conviniera á las exigencias del desarrollo falansteriano.

En la *falange*, los trabajadores producirían en común y consumirían con *igualdad racionaria*, sin dejar por esto de contribuir, con el esfuerzo de su trabajo, al sostenimiento de los poderes del Estado y de la vida nacional en todas sus diversas manifestaciones.

El falansterio debía funcionar libre de toda tutela y explotación capitalista, eso sí; pero supeditado en todo y para todo á la soberanía del Estado intangible y de todas sus instituciones políticas, jurídicas y religiosas.

Las ideas económico-sociales de Fourier tendían á convertir á los hombres trabajadores en seres abúlicos, en maniqués vivientes faltos de autonomía, movidos á placer del *todo falansterio omnipotente* en que debía radicar, de *hecho* y de *derecho*, la fuerza de dirección social de semejante sistema *igualitario*.

Y era que este hombre insigne, el ilustre apóstol de la falange, cuyos nobilísimos sentimientos de justicia corrían parejas con sus grandes fantasías de ingenio, confundiendo la *igualdad* con la *uniformidad*, quiso hacer á los hombres iguales ante los disfrutes del derecho y las obligaciones del deber, y para ello no encontró nada mejor que instalarlos en las ruinas estrecheces de su famoso falansterio, racionándolos, uniformándolos y albergándolos cual si se tratara de la constitución de una nueva milicia, de la fecunda milicia del trabajo, de la paz y de la fraternidad.

Tal viene á ser, sobre poco más ó menos, la concepción falansteriana, sueño dorado de Fourier, en cuanto se relaciona con la parte económica de sus doctrinas reformadoras.

Pasemos ahora á ocuparnos, siquiera sea someramente, en la exposición de sus principios y concepciones filosóficas de ética social.

La visión moral de Fourier es curiosa desde varios puntos de vista. El famoso reformador socialista procura remover todas las vetusteces éticas de antiguo establecidas y las va reemplazando con nuevas concepciones y principios que define de un modo atrevidísimo.

A la *ley del deber*, regla suprema de la humanidad según aseguran filósofos, historiadores y moralistas, opone Fourier la *atracción pasional*, identificando la virtud con el goce y el mal con el dolor. Para el notable autor del falansterio, inmoralidad y crimen no son más que el resultado morboso de los grandes obstáculos que un orden social vicioso y corrompido opone al libre desenvolvimiento, natural y legítimo, de nuestras necesidades, pasiones y deseos. Entiende, asimismo, que en la teoría de las pasiones, que él desarrolla y aplica á su manera, late íntegra la solución del problema industrial y económico.

En cuanto se refiere á las relaciones amorosas de los sexos, el criterio del ilustre autor del sistema falansteriano es el de la más completa y amplia libertad.

La libre *atracción pasional*, dando al traste con todas las grandes miserias que desnaturalizan entre los humanos las funciones reproductoras del amor sexual, es la llamada, según Fourier, á regular las armonías sociales, perfeccionándolo todo bajo la acción palingenésica de su influjo bienhechor.

El gran problema de la familia queda así resuelto satisfactoriamente, en la universalización de sus funciones, por medio de la *atracción pasional*. Los hijos, criados y educados por el falansterio, encontrarían en el seno de la comunidad el porvenir ase-

gurado y dejarían de ser una carga y una inquietud para los padres, que sólo tendrían los goces de la paternidad.

Tales son, en síntesis, las principales ideas filosófico-económicas sustentadas por Carlos Fourier.

Este reformador altruista quería organizar el mundo del trabajo y acabar con la dependencia económica de las grandes masas proletarias, recluyendo a los trabajadores en las estrecheces de *gleba libre del falansterio*; pero estaba muy lejos de aproximarse a la proclamación de la completa abolición de todo privilegio social y político.

En su calidad de reformador filosófico, Fourier atacaba valientemente los prejuicios, los absurdos y las vaciedades en que descansan los fundamentos del orden social; mas no llegaba tan al fondo que se atreviera a condenar las grandes antinomias teológicas, históricas y legales, que son, precisamente, la base de toda tiranía, injusticia y bestialidad.

Lejos de condenar las grandes mentiras que sustentan el régimen de explotación y de dependencia en que vivimos, el ilustre creador de la doctrina falansteriana procura prudentemente apartar su nuevo sistema social de cuanto se refiere a la forma de gobierno y a las religiones positivas, creyéndolo compatible con todas ellas.

Como se ve, Carlos Fourier era un reformador eminentemente gubernamental. Sus teorías lo mismo podían ser aceptadas por el emperador de Rusia que por el papa, o por el presidente de la República suiza.

Tan cierto es esto, que hubo un momento en el cual el ilustre propalador de la *falange comunista*, creyendo poder contar con el apoyo de Napoleón I, para desarrollar prácticamente su nuevo sistema social, llegó al extremo de escribir que el gran emperador era un nuevo Hércules que debía elevar la Humanidad sobre las ruinas de la barbarie y de la falsa civilización...

Evidentemente, Carlos Fourier era un cándido sencillo que juzgaba fácil cosa atraer al servicio de la causa de la redención humana a los poderosos de la tierra con sólo exponerles teorías deslumbradoras de armonía social y dirigirles piropos encomiásticos.

¡Cuán equivocado estaba el ingenuo innovador falansteriano!...

Como a Saint Simón y a Roberto Owen, cúpole a Carlos Fourier la gloria de ser uno de los iniciadores del hermoso movimiento emancipador que impulsa los destinos de la época moderna hacia días mejores de verdadera felicidad social.

La labor filosófico-económica del insigne reformador falansteriano obtuvo escaso éxito al ser publicada. Su primer libro, que, bajo el título de: *Teoría de los cuatro movimientos*, vio la luz pública en 1808, es una indicación de su sistema, que pasó poco menos que desapercibido del público y de la crítica.

La exposición clara y completa de sus doctrinas reformadoras, hizo a Fourier en su *Tratado de la asociación doméstica y agrícola*, que publicó en 1822. Pero la concepción falansteriana no encontró eco ni apoyo en Francia, y Fourier, que anhelaba vehementemente ver realizados sus ensueños reformadores, tuvo que marcharse a Inglaterra.

Allí, en la Gran Bretaña, en el país pródigo de las grandes iniciativas, consiguió el eximio reformador ver realizado algo de lo que tan ardientemente anhelaba. Reunió algunos fondos que le proporcionaron sus adeptos y admiradores, y con ellos creó un falansterio y fundó un periódico que denominó *La Falange*.

Pero la cosa no estaba madura. Los grandes obstáculos con que por doquier tropezaba el funcionamiento de la nueva institución comunista dieron pronto con ella en tierra, y el altruista ilustre, trasladándose nuevamente a Francia, fracasado, pero no vencido, vino al fin a morir en Lyon el 3 de Octubre de 1837.

Fourier murió pobre, muy pobre; pero conservando vivo el fuego fervoroso de sus ideales queridos hasta el último momento.

Este insigne reformador fué un modelo verdadero de perseverancia. La mayor parte de su vida fecunda de luchador infatigable la consagró a la defensa de los desheredados, trabajando por la emancipación de las muchedumbres obreras, a las cuales deseaba liberrar de la servidumbre patronal.

Cierto es que escribió muchas y muy disparatadas extravagancias filosóficas y que sus ideas económicas, por lo endebles y apriorísticas, dejan bastante que desear. Pero, en cambio, tuvo claros atisbos de las grandes verdades sociológicas que han de iluminar, con sus fulgores refulgentes, el porvenir redimido; y con esto basta y sobra, a nuestro juicio, para que el nombre de Carlos Fourier perdure en la memoria de los hombres, coronado con los nimbos gloriosos de la inmortalidad...

Donato LUBEN

LOS ESCÉPTICOS

Odiarnos y maldecimos a los escépticos, sin reparar en que nuestro ambiente político y social es un magnífico incubador de indiferentes.

El escéptico, por regla general, es un hombre que, pensando con Diderot, que «el principio de la sabiduría consiste en saber dudar», dudó de que la esencia de las cosas fuera tan bella como su apariencia, y quiso profundizarlas para conocer su substancia.

¡La substancia de las cosas!... Vale más no buscarla, porque en todas encontraremos un calmante a nuestros entusiasmos. Un poeta genial dijo en el pasado siglo que al mundo hay que mirarlo de lleno, en su totalidad:

Sin entrarse jamás en pormenores, ni detenerse a examinar despacio, que espinas llevan las lozanas flores, y el más blanco y diáfano topacio y la perla más fina manchas descubrirá, si se examina.

Y es innegable que el vate llevaba una gran parte de razón. Si poseemos ciertas condiciones analíticas y nos metemos por el camino de la investigación sin haber meditado de antemano en la superioridad de las ideas sobre los hombres, vamos directamente al escepticismo, porque en nuestra labor inquisitiva descubriremos que con las ideas más puras y más grandes se disfrazan las mayores mezquindades.

El escéptico no llega a serlo por un acto espontáneo de su voluntad. No se ha hecho, lo hemos hecho. Tuvo la rara ocurrencia de usar el cerebro, dió en «la funesta manía de pensar» y pudo darse cuenta de que las ideas a las que ofreció sus amores habían perdido su pureza en manos de los mercaderes. Entonces su metamorfosis fué rápida y radical. El que antes gustaba de desentrañarlo todo, siente después un horror supersticioso ante el contenido de las cosas, toma de ellas lo externo, lo poético, lo frívolo, sin llegar a arañar siquiera la superficie, temeroso de encontrar en su fondo una gota de amargura. Por un verso, una puesta de sol ó una mirada ardiente de mujer, es capaz de sacrificar el mundo con todos sus sistemas.

El escéptico es más digno de lástima que de desprecio. Lleva dentro de sí un romántico, en estado catáleptico, enterrado entre la hojarasca de sus muertas ilusiones. Si fuera posible despertarlo y que los escépticos formaran un partido, tendríamos el partido soñado, el partido de los románticos del ideal, que irían a la lucha sin más preocupación que la de sucumbir en una postura artística y gallarda.

Y si cada escéptico nos explicara la historia de su escepticismo... ¡sabríamos cada cosa de los convencidos!

Enrique BAREA

En el presente, cuando a centenares de personas les falta pan, carbón, ropa y casa, el lujo es un crimen; para satisfacerlo es preciso que el hijo del trabajador carezca de pan.

KROPOTKINE

SECCION LIBRE

LA DOCTRINA DE LO FUTURO

Indudablemente asistimos a la transición social del mundo, la más importante, la más hermosa, más justa y más digna del hombre.

En los anales de la Historia siempre le hallamos esclavo de sí mismo por el imperio de la fuerza brutal, por el terror de la muerte bajo la propia mano fratricida. Desde la tribu salvaje hasta los Estados modernos más civilizados, el hombre es verdugo de la humanidad, es el más terrible enemigo de su especie. Siempre se erigió en poder, y armado de la fuerza, definió y graduó sus glorias y lauros por la sangre que derrama y la carne que hace prisionera. La honda y la flecha, la pica y la lanza, el cuchillo y la bayoneta, la pólvora, los proyectiles y cañones, son los atributos que ha asociado siempre a su racionalidad, precisamente aquello más antagónico, lo que más pugna con su superioridad orgánica, los elementos más opuestos y que más decididamente se repelen.

Pero las cosas van camino de un cambio radical, y este se operará, fatalmente. El boicotaje, el sabotaje, la huelga y otros aspectos de obrar en carácter de resistencia, harán de la fuerza armada un organismo inútil. Primero en las luchas y diferencias entre los hombres de cada nación, después en los internacionales, la fuerza inercueta del no hacer anulará las fieras acometidas de los poderes constituidos. Frente a los ejércitos armados estarán los inermes y el triunfo será inevitable.

Hasta aquí, las monarquías, los poderes absolutos y tiranos, los aristocráticos, los despóticos y constitucionales, todos sin excepción, impusieron su ley con el terror y la muerte; desde ahora, el pueblo impondrá su legítima soberanía y exigirá justicia recta con la pasividad y la razón.

Cuando la organización social que se elabora y progresa en velocísima carrera alcance todavía más perfección, las fuerzas vivas, propiamente dichas, de los pueblos, dejarán de actuar siempre que adviertan la acometida, y la necesidad fisiológica será la espada sin punta ni filo que resablezca el derecho.

Las asociaciones de resistencia dirán al poderoso: tú ejercitas un derecho escrito positivo, nosotros usaremos del nuestro negativo; no nos concedes lo que justamente te demandamos, estás en tu derecho, como nosotros en el de dejar de producir hasta que la necesidad agote tus iras y lirismos y te convenzas de que si no puedes vivir sin nuestro concurso, debes mirarnos como hermanos y otorgarnos lo nuestro, si quieres poseer algo tuyo.

Y ésta será la única doctrina.

Sotero BARRON

CRONICA SOCIAL

La «Commune».—Una fecha gloriosa

MARZO

12

1886. Aparece en Madrid el primer número de "El Socialista".

DOMINGO

El 18 de Marzo es la fecha más gloriosa que debe celebrar el proletariado; en dicho día se cumplirá el XL aniversario de la proclamación de la «Commune». Los trabajadores franceses, hartos de sufrir a la infame burguesía que les dominaba, sostienen lucha titánica hasta conseguir arrojarla.

Realizado su propósito, apoderados del Poder político los que tan bravamente pelearon, la burguesía huyó a Versalles, deshonrada y vencida.

La falta de organización ó la inconsciencia de algunos camaradas hizo que el gobierno de clase no pudiera consolidarse.

La burguesía se alía con los prusianos y vuelve a apoderarse del Poder.

Thiers «el Tirano», que fué elegido presidente el 17 de Marzo de 1871, concluyó este hermoso movimiento asesinando á los valientes luchadores que trataron de implantar una sociedad donde sólo reinara el amor y la justicia.

Honremos la memoria de estos mártires celebrando el 18 de Marzo cuantas reuniones nos sea posible; de este modo, al enaltecerlos, preparemos al proletariado para si el hecho se repite que no sea la ignorancia la que nos obligue á entregar nuevamente á nuestros verdugos las riendas del Poder conquistado.

En el Canal de Isabel II.—Los obreros que prestan sus servicios en dicho Canal acuden al ingeniero jefe en demanda de un aumento en el salario, por no poder resolver el problema de la vida con las dos pesetas que se les tiene asignadas. Lejos de encontrar, si no el aumento, palabras correctas y de consuelo, se les dice, en forma destemplada, que deben estar agradecidos, pues no es jornal lo que perciben, sino una limosna, para remediar la crisis obrera.

Háramos punto por entender que el ingeniero que así se explica es digno jefe de los capataces á sus órdenes; pero como el ministro de Fomento, al hablar de este asunto, ultraja á los obreros calificándolos de vagos y levantiscos, hemos de preguntar: Sr. Gasset, ¿crees su señoría que si desde la Restauración á la fecha los que gobernaron á España lo hubieran hecho con arreglo á conciencia, existirían esos levantiscos y esos vagos? ¿Seguramente no! España carece de escuelas en todas sus regiones y pueblos; el hambre y la incultura se enseñorean; no son los culpables los ineducados y vagos á que el Sr. Gasset se refiere, sino los que le precedieron, que así como hubo una dama que le importó poco la pérdida de un trozo del territorio español con tal de que se salvara la Iglesia y su alma, así hubo durante cuarenta años ministros tan serviles que por sostener la monarquía sumieron al pueblo en la miseria y la ignorancia para que, en llegado un momento en que pide pan á cambio de su trabajo, surja un ingeniero despotico que les insulte y un ministro que les escarnezca.

VARIAS NOTICIAS

DE MADRID

Desde el próximo número comenzaremos á publicar en esta sección, con el título de «Notas útiles», diferentes trabajos de interés para los trabajadores.

Empezaremos con un extracto sobre la ley de Accidentes del Trabajo.

Decoradores en papel.—La correspondencia se dirigirá al compañero Ramón Más, Piamonte, 2.

Albañiles «El Trabajo».—Plácemes sin reserva merecen estos compañeros. La primera junta general celebrada para discutir las nuevas bases de trabajo fué en extremo satisfactoria; á ella acudió el oficio en pleno, y á juzgar por la sensatez que reinó en la discusión, no es aventurado asegurar que lograrán, sin lucha, ver realizadas sus pretensiones, de acuerdo con la sociedad de patronos.

Entre otros acuerdos se tomó uno que consideramos de suma trascendencia, el de que esta colectividad vuelva á formar en la Unión General de Trabajadores. Celebramos que el buen sentido se imponga.

Unión General de Trabajadores.—Por circular fecha 3 de Marzo se recomienda á las secciones la solidaridad para los compañeros zapateros de Madrid y albañiles y peones de Valladolid, que se encuentran sosteniendo lucha. Los fondos pueden remitirse á los primeros, á nombre de Tomás Ferreces, Piamonte, 2, Casa del Pueblo, y para los segundos, á Primitivo Manzano, Salvador, 6, Centro Obrero, Valladolid.

Reuniones.—Las que se celebrarán en la Casa del Pueblo, Piamonte, 2, en los días y horas que á continuación se expresan, son las siguientes:

Salón grande.—Día 12, tres tarde: Federación de obreros municipales; nueve noche: Juventud Socialista. Día 13, cinco tarde: Empedradores. Día 14, cuatro tarde: Obreros de pan francés; nueve noche: Oficios varios. Día 15, nueve noche: Constructores de carruajes. Día 16, nueve noche: Oficios varios. Día 17, nueve noche:

Broncistas. Día 18, nueve noche: Agrupación Socialista.

Salón pequeño.—Día 12, tres y media tarde: Unión y Cultura; nueve noche: Obreros zapateros. Día 13, ocho noche: Poceros. Día 14, seis tarde: Estuquistas. Día 15, nueve noche: Comisión del Centro. Día 16, ocho y media noche: Aserradores mecánicos. Día 17, seis tarde: Estuquistas; ocho y media noche: Vendedores ambulantes. Día 18, nueve noche: Asociación general de dependientes.

Salón terraza.—Día 12, nueve mañana: Sombriereros de fantasía; tres tarde: Obreros peleteros; nueve noche: Escuela Nueva. Día 16, nueve noche: Unión General. Día 17, nueve noche: Herradores. Día 18, nueve noche: Artístico Socialista.

N. HEREDERO

La obra de los verdaderos intelectuales

TEATRO DE ARTE

Sinceros amantes del arte escénico, síntesis y compendio de todas las bellas artes; dolidos y apenados del industrialismo que parece ser razón única de su vida, pretendemos crear, no frente al teatro industrial, sino á su lado, y completándole para dar la fórmula del teatro íntegro, un teatro de arte, un teatro que pueda ser, según la frase feliz de Lucien Muldfeld, «un laboratorio de ensayos donde libremente sean puestas en práctica nuevas fórmulas de arte».

Eclécticos, convencidos de que la Belleza no es patrimonio de una secta ni de una escuela, pretendemos abrir ese teatro á todas las tendencias, sin pedir á los que las sirvan más que sinceridad en su amor á lo bello y á lo verdadero.

Libres de prejuicios que no sean el culto á la Belleza, todas las ideas nos parecen admisibles, á condición sólo de que el arte las decore y muestre; todas las respetaremos, aun no siendo las nuestras, aun oponiéndose rudamente á ellas, con tal de que su escudo sea el anhelo artístico, puro y elevado, incapaz de buscar cereales en campo de laureles.

Nuestra empresa es noble y laudable, y para realizarla llamamos á los hombres de buena voluntad, de espíritu amplio y rectitud de intención suficiente para que nada pueda parecerles pecaminoso ni atrevido mientras no traspase los límites del decoro y de la decencia y lleve como garantía la sanidad del propósito. Llamamos á los hombres de buena voluntad y de cultura, de espíritu suficiente para constituir el público de vanguardia que desbroce el camino y abra horizontes nuevos al arte escénico del porvenir.

Queremos con nosotros á cuantos sientan la necesidad de elevar el nivel intelectual, moral y estético del teatro; á cuantos quieran trabajar en esa elevación que ha de darnos el definitivo derrumbamiento de las fórmulas viejas que oprimen y anquilosan el arte escénico; el arte escénico que, por ser la vida misma en acción, mayor libertad y movimiento necesita.

Nuestro programa es amplio, porque amplio es el terreno á conquistar, pero su amplitud no nos arredra porque no tenemos por enemigos la impaciencia ni la premura; convencidos y seguros por ello de nuestro triunfo, no nos urge vencer; nuestra labor es obra de precursores y sus efectos no son á fecha fija.

Si somos pocos, procuremos ser los mejores y practiquemos el apostolado del ejemplo; que cada día tenga su trabajo, y la labor, por ardua que sea, será realizada. Nuestro trabajo de hoy, trabajo de iniciación, aparte se declara; nuestro propósito es lo que importa, y para él pedimos adhesiones y apoyo.

Dénnosle los que como nosotros sientan y piensen, y el arte escénico será algún día en España algo más que entretenimiento de desocupados y buscavidas de menesterosos.

Alejandro Miquis.—Daniel de la Escosura.—Benito Pérez Galdós.—Jacinto Benavente.—Manuel Linares Rivas.—A. Bonilla San Martín.—Ramón del Valle Inclán.—Daniel López.—Luis Morote.—C. Cerrillo Escobar.—Ignacio de Santillán.—Ricardo J. Catarineu.—José de Laserna.—Emilio

Mario.—José Alsina.—Carmen de Burgos.—Mariano Miguel de Val.—Jaime Balmes Foradada.—M. Ciges Aparicio.—L. Linares Becerra.—Miguel A. Ródenas.—Pedro González Blanco.—Ruiz Albéniz.—D. López Orense (Fantasio).—Enrique de Mesa.—Federico García Sanchiz.—Alberto Insúa.—Manuel Alvarez Naya.—Vicente Almela.—F. Gómez Hidalgo.—Luis Brun.—J. Villaseñor.—Luciano Taxonera.—Felipe Trigo.—Jacinto Grau Delgado.—Enrique Díez Canedo.—Alfonso G. del Busto.—Rogelio Villar.—Cecilio de Roda.—Bernardo G. de Candamo.—Enrique de la Vega.—Xavier Cabello.—José Francés.—José Cabello.—E. Ramírez Angel.—Augusto Viveiro.—Ricardo R. Vilarino.—Carlos Caamaño.—José Jurado de la Parra.—Emilio H. del Villar.—A. R. Bonnat.—Joaquín Sanz.—Luis Arnedo.—Luis Gabaldón.—Manuel Iglesias.—Antonio Asenjo.—Emilio G. del Castillo.—Francisco Verdugo.—Ezequiel Solana.—Victoriano F. Ascarza.—Pedro Granda.—Roberto Merelo.—Federico Sánchez Garañana.—Antonio Palomero.—José Robledano.—Juan Pérez Zúñiga.—Ramón Manchón.—Salvador Bartolozzi.—Benito Bartolozzi.—Tomás Pellicer.—Ramón Gómez de la Serna.—L. Mesonero Romanos.—Prudencio Iglesias.

Ramón Gómez de la Serna y Emiliano Ramírez Angel, dos jóvenes literatos de nervio, cerebro y corazón, se ocupan en estos momentos de comenzar una nueva serie de funciones de *Teatro de arte*.

Con nuestros modestísimos medios estamos á su lado, y si nuestro consejo tiene alguna influencia en la juventud, nos complacemos en rogar á todos que acudan á edificar y sostener un teatro de arte, necesario hoy como medida de profilaxis contra el industrialismo, la sicalipsis y la patriotería.

POLÍTICA

La Conjunción en Córdoba y Granada

En estas dos importantes poblaciones andaluzas ha verificado la Conjunción republicano-socialista recientemente actos que han revestido una gran trascendencia.

Iglesias, Soriano, Salvatella, Luqueta, todos los oradores afirmaron de una manera concreta su propósito de robustecer la alianza, sin que las insidias ni el vacío que se pretende hacer en torno de la Conjunción lleguen á torcer los altos fines que persigue.

En estos mítines hubo una nota de gran interés. Nuestro querido amigo el colaborador de este semanario, Augusto Barcia, hizo en ellos profesión de fe republicana.

Augusto Barcia es un joven que por su cultura y su talento nada comunes ha logrado un merecido renombre en el mundo intelectual.

Tanto en el mitin de Córdoba como en el banquete con que fueron obsequiados en Granada, obtuvo dos triunfos envidiables.

La Conjunción republicano-socialista puede felicitarse de tener en sus filas un joven de tanta valía.

Las elecciones provinciales

Con motivo de las elecciones de diputados provinciales está dando el partido republicano un espectáculo lamentabilísimo. No queremos analizar ahora actitudes y procedimientos. Nos reservamos las enseñanzas que estas cosas nos proporcionan y cubrimos con un piadoso silencio las faltas de los maestros, haciendo el firme propósito de no seguir su ejemplo. Y, consecuentes con nosotros mismos, recomendamos al pueblo que vote á los candidatos de la Conjunción republicano-socialista.

Las Cortes

No merecen el honor de una gaceta. Se abrieron y no ocurrió nada.

Necesariamente tenía que suceder así, porque aparte las opiniones de cuatro exaltados, en España no hay cosa que merezca interesar á los padres de la Patria.

Aquí estamos todos encantados de la vida.

Menéndez Pallarés en el Ateneo

El jueves último ocupó la cátedra del Ateneo un hombre de talento extraordinario, de elocuencia arrebatadora.

D. Emilio Menéndez Pallarés, hombre en el que se equilibran su modestia y su valía, tuvo durante más de una hora al selecto auditorio suspenso de su palabra cálida y brillante.

El tema, «La abolición de los señorios», fué desarrollado por el orador con tal cantidad de citas históricas y tan profundo conocimiento de la materia, que resulta imposible dar una breve idea de su magistral discurso.

Hizo una maravillosa descripción del cacique, que ha sustituido al señor feudal, perturbando con su influencia la vida del Estado y sumiendo á la nación en el caos de la inmoralidad.

Al terminar su conferencia, fué objeto Menéndez Pallarés de una calurosísima ovación.

INTOLERABLE

Es intolerable la persecución que los alcaldes de Nerva y Riotinto ejercen con nuestro colega La Frontera.

El director presenta en la alcaldía de Nerva los tres ejemplares que determina la ley, y de palabra se le comunica «que no se puede vender».

El alcalde de Riotinto tampoco permite que dentro de la localidad se venda el periódico; y todo esto ocurre sin que medie ninguna denuncia que justifique la medida.

El secreto de todo ello es que los alcaldes de Nerva y Riotinto son empleados de la Compañía inglesa que explota aquellas minas, contra la cual viene La Frontera realizando una justificadísima campaña.

Nos parece bien que los alcaldes defiendan los intereses de los que les dan el pan. La gratitud obliga á mucho, pero no hasta el punto de hipotecar la vara.

Los intereses de la Compañía serán muy sagrados, pero no son menos respetables los de los demás ciudadanos. Y por propio decoro deben las autoridades superiores hacerlo saber á esos desmandados monterillas.

¿Será cosa de dar la esquila de defunción á algunos paqueteros «vivos» que se hacen : : : : : los muertos? : : : : :

LA MONARQUÍA

CONTRASTES

Durante la semana anterior D. Alfonso paseó en coche largamente por la Castellana, Recoletos y el Retiro; estuvo en el Tiro de Pichón de la Casa de Campo, marchándose á Sevilla el día 5.

Le ha correspondido en la semana, á él y á su familia:

	Pesetas
Al rey.....	136.115
A su hijo mayor.....	9.716
A su esposa.....	8.750
A su madre.....	4.858
A su tía Isabel.....	4.858
A su tía Paz.....	2.926
A su tía Eulalia.....	2.926
A su hermana María Teresa.....	2.926

Total en buena moneda de oro y sin descuento..... 173.075

Durante el mes pasado salieron por el puerto de Vigo, para América, 1.977 emigrantes. En igual fecha del año pasado salieron 2.986.

Han vuelto hogaño, en la mayor miseria, 1.605 de estos infelices.

Han embarcado en el «Cotha», por el puerto de la Coruña, varios centenares de emigrantes que van á la Argentina. Quedaron otros muchos en espera de vapor.

Cuarenta y cinco mil ochocientos una pesetas pide el Gobierno para entretenimiento del dique de Subic, que, comprado para Filipinas, antes de la guerra, se quedó en Mahón y fué vendido al extranjero, hace años.

¡Y ahora se piden para su entretenimiento 45.801 pesetas!

A nosotros nos parece que todos estos entretenimientos le sientan al pueblo como un dolor de muelas.

CORRESPONDENCIA

S. R.—La Línea.—Sentimos mucho que una de las causas que expone no dejándole trabajar por el periódico todo lo que desea, sea tan

sensible. Usted no necesita justificarse ante nosotros; antes al contrario, estamos agradecidos á su noble desinterés por el semanario. Le deseamos salud á usted y familia todos nosotros.

L. B.—Osorno.—Queda usted servido.

R. P.—Artesa de Lérida.—Recibidas 1.20.

A. G. R.—Benamocarra.—Recibida suscripción.

P. M. A.—Rueda.—Idem ídem.

J. S. C. P.—Portugalete.—Idem 25 pesetas. Gracias.

J. M. A.—Murcia.—Idem 2.50.

R. Ch.—Arroyo del Puercu.—Idem 8.50.

V. P.—Toledo.—Idem 6.00.

J. D.—Bujalance.—Idem 5.00.

P. L.—Villanueva de la Serena.—Idem 2.00.

J. S.—Ecija.—Idem 12.40.

B. S. G.—Bujalance.—Recibí su grata. Le estoy remitiendo el periódico desde el mes de Enero. Mándeme señas domicilio. El día 10 recibí devueltos números 12 y 13, suponiendo desde luego que es usted ajeno á la devolución.

F. A.—Minas de Riotinto.—Remito paquete del número 13.

Donativos á «La Palabra Libre»

	Pesetas.
José Domenech, Madrid.....	0.50
A. Gutiérrez Ruiz, Benamocarra.....	0.50
J. J. Conde, Portugalete.....	25.00

(Continuad.)

Advertencia

Advertimos á los señores paqueteros que reciben LA PALABRA LIBRE y no han «resollado» aún desde la aparición de este semanario, que de no tener noticias suyas antes del próximo número, será suspendido el envío de su correspondiente paquete; esto sin perjuicio de «honrar» al que lo merezca, publicando su nombre y residencia. Con el fin de evitar aclaraciones, sólo diremos que esta advertencia nada tiene que ver desde luego con los dignos paqueteros de este periódico que cumplen como es debido con la administración del mismo :

La Palabra Libre

PERIÓDICO REPUBLICANO DE CULTURA POPULAR

ADMINISTRADOR: RAMÓN MARTINEZ SOL

CORRESPONSALES: París, I. L. Lapuya; Buenos Aires, Carlos Malagarriga; Barcelona, J. Bordas; Sevilla, Enrique Ventura Lusilla; Zaragoza, J. Gómez Fabian; Cáceres, Juan L. Cordero; Vélez-Málaga, M. Infante Muriel; La Línea, Sixto Rosas; Espejo, J. A. Pérez Córdoba; Ecija, Federico Sanromán; Reus, Juan Roca; Almería, Alejandro Bermúdez; Cádiz, Patricio Duque Peña

SUSCRIPCIONES

MADRID: Un mes.....	0,35 pesetas.	PROVINCIAS: Trimestre.....	1,20 pesetas
— Trimestre.....	1,00 —	— Semestre.....	2,40 —
— Semestre.....	2,00 —	— Año.....	4,50 —
— Año.....	4,00 —	EXTRANJERO: Año.....	8,00 —

Se publica los domingos.—Ejemplar, DIEZ CENTIMOS en toda España.—Inserciones á precios convencionales

Las suscripciones se remiten en sobre abierto, con sello de cuarto de céntimo.

BOLETIN DE SUSCRIPCIÓN

D. vecino
de calle de
núm. piso provincia de
se suscribe por un á La Palabra Libre.
..... á de de 19.....
El suscriptor, El administrador,

BOLETÍN DE DONATIVO

..... vecino
de provincia de
que vive calle de núm. piso
entrega á La Palabra Libre en concepto de donati-
vo la cantidad de pesetas céntimos.
Firma.